

AUTOBIOGRAFÍA EN MADRID

Márcio Catunda

El caso de Márcio Catunda es insólito y de verdad impresionante. Tiene ya este escritor brasileño en su haber una obra en verso y en prosa extensa y variada. Pero lo que lo singulariza entre los poetas de nuestro tiempo es su manera de entender la poesía y las proezas que con ella es capaz de realizar.

No hace mucho nos sorprendió, o, para mejor decir, nos llenó de asombro con un libro que en principio, antes de comenzar a leer, parecería un disparate, un *tour de force* condenado al fracaso. Se trataba de un libro titulado *Luz sobre la historia*, y era, en efecto, un libro de historia, de historia de España, ¡pero en verso! El devenir histórico de nuestro país aparecía en sus muchas composiciones sistemáticamente ordenado, desde los orígenes hasta el momento presente. Y la estupefacción del lector surgía e iba creciendo cuando al hilo de la lectura se percataba de que aquellos poemas, que uno creería de todo punto imposibles por su tema, eran sin embargo hermosos y verdaderos. No, no estaban escritos por un historiador chiflado y con ínfulas, sino que eran obra del amor y habían surgido de la pluma de un poeta auténtico.

Con *Autobiografía en Madrid* vuelve Márcio Catunda a dejarnos perplejos. La obra es el canto de un hombre enamorado hasta los huesos de Madrid, pues la ciudad aparece en los poemas de este libro no como un decorado, como un marco de las andanzas del poeta, sino como una amante viva y palpitante, de la que se nos van celebrando con arrobo todas sus maravillas y hechizos. Vemos al poeta —que en la actualidad ejerce como diplomático de la embajada brasileña en España— recorrer incansable las calles y plazas de la capital, sus lugares emblemáticos y los rincones más íntimos y escondidos. Camina bajo el sol o la lluvia, con el viento

frío del Guadarrama o acompañado por la luz tierna de marzo; lo encontramos incluso en alguna de sus caminatas soportando complacido en sus hombros el oro espeso e incandescente de agosto. Todo le cabe en el poema a este omnívoro panteísta, a este apasionado whitmaniano que nunca se sacia de mirar hacia afuera y de pensar e imaginar por dentro. Hay en estos poemas mucha autobiografía del hombre solitario y contemplativo que Catunda es, pero la fusión con la ciudad amada llega a ser tan intensa que nos parece en muchas ocasiones que la propia Madrid es la que nos habla, la que nos va contando despacio los avatares de su propio existir. Doble autobiografía, pues, en estas bellas páginas: la de un soñador enamorado, la de una ciudad con alma.

ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

Dice el poeta sirio Nizar Qabbani que ardua es la empresa de definir qué es poesía. En sus palabras ello sería tan complejo como que la rosa oliera su propio aroma. Y, sin embrago, ¡cuánta es la belleza que emanan sus versos! ¡y cómo nos embriaga el aroma de la flor!

*

*

*

Al escribir este prólogo de *Autobiografía en Madrid*, la rosa no buscará aspirar su propio aroma, ni intentará ver su propia imagen; la rosa se abrirá, cual brote en primavera, paulatina y dulcemente hasta hacer gala de toda su variada y brillante policromía. Y es que tal *Autobiografía* aparece, como la sensual flor, abriéndose, reflejando los mil y un

matices del sentir poético de su autor, el poeta que declara a los cuatros vientos “Quiero a Madrid con el alma”.

Mas el Madrid de Marcio Catunda no es meramente un espacio, ni tampoco su Autobiografía, sus itinerarios, sus paseos por el cuerpo de nuestra capital, son sólo recorridos con un inicio y un punto de llegada.

En profundidad, estos caminares, estas propuestas de recorrido, se tornan citas con un experiencia de vida: se encarnan en perspectiva ante el espacio, ante el tiempo, ante la disyuntiva, o conjuntiva, razón/corazón, para conformarse, en definitiva, en antídoto contra la tristeza, en Elixir de la felicidad.

Así, el espacio se torna, en las propias palabras del poeta, en “geografía de la imaginación”, y las calles en metáforas. El tiempo se adhiere perfectamente a ellas, a las calles, a los lugares, para compartir una misma dimensión, infinita en muchas ocasiones: “Puerta del sol: horas que nunca se apagan”. La razón quedará siempre al servicio del sentimiento, pues “pensar el mundo es un modo de no sentirlo”, en un hombre que, sin miedo a realizarse en tanto que ser en emoción, confiesa abiertamente “El domingo es un pretexto para el vértigo del sentimiento: el más humano de todos los días”.

Y toda esta perspectiva de vida anegada, como decía, en el Elixir de la felicidad, (“caminar así me hace olvidar

todas las penas”), nos llega con muy bellas imágenes. A partir, a veces, de “guapas de ojos ajardinados”, o de manos de una adjetivación novedosa, muy personal, muy de Catunda: ¿Cómo experimentar la “soledad enarbolada” o el “fulgurante arrebató” del poeta, atlántico en origen y acaso ya también mediterráneo?

Autobiografía en Madrid, vida susceptible de ser degustada caminando o, simplemente, y ésta es mi sugerencia, dejándose llevar por el fluir de los versos de Catunda, por sus duendes, sus respiraciones, sus cantos de juglar medieval y contemporáneo, del ayer y del hoy, del allí y el aquí. Cantos de juglar que, en este caso acompañados de Gil de Biedma, reflejan la maestría rítmica de ecos armoniosos conjugados con vistas de poética enjundia: “Bajo el aire dulce de la luna,/ fragancias después de la lluvia,/ un prodigio de vida me complace.”

* * *

Me escribió hace unos días este hombre de mirada tiernísima, de poeta genial y bondadoso, preguntándome si no añoraba Madrid. Desde el profundo y oscuro Pacífico le contesté que no, pues aquí se me está llenando el espíritu del Paraíso reencontrado, de una geografía desbordante, apasionada y casi invasora. Y ahora, tras recorrer Madrid, el Madrid de Catunda, confieso que algo se ha encendido por dentro.

Ésta, la autobiografía más íntima que nos propone el poeta, el aroma más intenso de aquella flor del principio, acaso sea, en definitiva, la vía principal de estos poemas, la esencia más preciada del alquimista, su ofrenda más amada.

Rosa-Isabel Martínez Lillo

Santiago de Chile, primavera 2011

ITINERARIOS DE MADRID

Noche encendida en todos los colores.
Centelleos terrestres:
panorama de insomnio en las ventanas.
Torres, galerías, cafés, quioscos:
pulsar de vida y luz;
un festín de tumulto.
¡Madrid es siempre inaugural!

Madrid, soy el contemplador de tus noches festivas.
Entre tus balcones, dialogo con el viento.
Ciudad de mis experiencias líricas,
la luna es joven y ha llovido.
Dentro del aire, fino fluido del generoso mayo,
un poeta es un sacerdote del humanismo,
un profesor de vida.
Yo soy el devoto del hedonismo,
soy el de las dudas metafísicas.
El *sanyasi* apasionado por la libertad.
He visto hoy la lluvia en lo alto de los cipreses.
Rendido, sigo la línea enigmática de la vida.

Del arbolado paseo de la Castellana,
cojo la calle Serrano
entre los escaparates.
Tarde de mayo por ancha acera,
sol de primavera en los balcones.
Aprendo con mis pasos el mapa de Madrid.
Cruzo la plaza abierta,
a orillas del museo vetusto.
Huyendo de los coches y hasta de las bicicletas,
derivo por la calle Claudio Coello.
El cielo es una faja entre los edificios.
Llego al Retiro.
Busco alguna sombra donde calmar la inquietud.

Madrid es un desvelo permanente.
Es un flotar hacia la nada de mis ansias.
Madrid inspira un don procesional,
es la iluminación de mi utopía.
Es un hechizo iluminado
para engañar la esfinge temporaria.
Soy el visionario de sus pináculos,
mientras la hora existe en consonancia.
Madrid, mi alimento de beatitud,
mi lugar sentimental.
Celebro mi calma dispersa,
donde abreviar la sed de lucidez.
Paseo por una acera que la tarde orea.
Tarde clara de vértigo azul.
Por el trasiego de la Puerta de Alcalá,
voy embrujado de ritmos.
Dulce dolor de vivir en mí y fuera de mí.
A merced del tiempo,
registro mi paso en la muchedumbre.

Escuchando sonidos de armonía,
observo las tonalidades del verde.
El viento moviendo las ramas.
Quedarme así, sin expectativas,
en deliciosa soledad,
mirando la inconstancia de las nubes,
La libertad es una especie de embriaguez.
Extraño éxtasis.
Dejarme así sin saber quién soy,
y sabiendo que nada sé.
En estado de absorción,
inmerso en lúcidas sensaciones.
Inerte en la tarde tórrida,
mientras brincan los pájaros.
Peregrino místico,
miro hacia las copas de luciente hojarasca.
Conmovido, me digo a mi mismo:

haber leído a algunos poetas,
y haber escrito estos versos
es ya bastante luz para mi día.

Voy por una ladera de Tirso de Molina a Antón Martín,
alegrando los ojos con las fachadas coloridas,
los pequeños jardines suspensos
y los candiles como ornamento de memoria.
Caminar así es más que un hábito,
es una promesa de amor.
Caminar en hermandad conmigo y con los otros.
Ya me dejo llevar hasta los acogedores bancos
de la plaza de Ópera.
Como omnipresente, ya me encuentro
frente a los pulidos arcos de Alcalá,
ejercitando mi soliloquio.

La calle Serrano y sus anchas aceras
son testigos de mis callejeos.
Pertrechado voy de mis papeles líricos,
apuntes del drama que interpreto,
contemplativo y melancólico.
Celebro la magia cromática del poniente.
Soy un heraldo de los pórticos de Madrid,
creo en mis sensaciones
sin otro engaño que el de perpetuar la fluidez de la tarde.
Porque las calles son metáforas
del caos que gira con los siglos,
celebro un acuerdo a cielo abierto con Madrid.
Caminaré hasta agotar toda la experiencia poética.
Ya no sé vivir sin plantar cara a la ciudad.
Me he convertido en un ciudadano de extramuros.
La tarde anuncia el otoño con frescor de menta.
Claridad, religión de mis sentidos.
estoy integrado al presente absoluto.
Madrid me inspira esas fuerzas peregrinas.
Altanera tarde en el silencio de mi delirio.
Busco lugares cuyo itinerario

no me aparte de la naturaleza.
Madrid, soy el alquimista de tu ciencia lírica,
el hierofante de tus campanarios,
el mago que da la vida por la poesía.
Consagrado a ese rito de anonimato,
camino entre flores,
cielo de hierático frontispicio,
vida disipada en nada.
Caminar así es exorcizar a los ancestros
y beber en la cuenca de los misterios.
Los crepúsculos cambiarán de tonalidad.
Pero sobreviviré, mientras me ilumine ese vértigo.
Camino por laberintos,
sin ídolos de oro ni blasón de caballería,
pero ya no siento envidia de los poetas suicidas,
La noche suspira en las ramas
y ya los árboles dejan caer las hojas
que el viento arrastra.
No me queda más que el callado cálamo de mi reino.

Seguiré caminando mientras Dios me lo permita
y disfrutaré serenamente el efluvio del día.
Miro las ruedas de los coches
que giran hacia ningún sitio.
No hay más espacio que un momento dentro del tiempo,
Una abstracción de la esfera cotidiana,
Un viaje interior de recuerdo o contemplación.
Un resquicio de privacidad
en el que nadie interrumpirá mi inspiración.
Quizá sea este el único tesoro de la vida,
antes de que el barquero se detenga en mi puerta.
Recordaré la calle O'Donnel,
cuando el destino me aparte de Madrid.
Caminaré como un peregrino en pos del rocío,
beduino del oasis espiritual.
El tiempo es un ascensor parado y en movimiento
como la saeta filosofal de Zenón
y la mística cruz del Resucitado.

Poesía es el arte de ilusionar el tiempo,
pues nuestra verdad es una esperanza de certeza.
El camino entre sombras
enciende mi fe en la ciencia estética.
Soy esta vibración del lugar y de la hora,
soy el que imagina el sueño del pájaro.
Brisa de la tarde,
deliciosa luz de las primicias,
que octubre proporcione la calma
que septiembre me sustrajo.
Caminar así es más que un culto religioso,
es un delirio en el que me consumo
para conocerme a mí mismo.
Es estarse perplejo de angustia.
Madrid es un bálsamo envenenado,
una pasión itinerante.
La memoria vuela hacia los pórticos de silencio.
Estoy en la Plaza de Canalejas.
¿Dónde iré en la penumbra de la noche futura?
Miro los ventanales de la Real Academia
de Bellas Artes de San Fernando.
Cuesta abajo voy, peregrino y penitente.
Camino hasta agotar la perspectiva del sueño.
A veces cojo un taxi
que atraviesa los comercio iluminados.

El oro delicado del firmamento
bajo la luz peregrina de la tarde.
Caminar es un devaneo,
como extraviarse con las cosas.
Giran los coches y me ausento de los rumores.
Ya logro divertirme
con repetir todos los días los mismos caminos.
Pensar el mundo es un modo de no sentirlo.
Yo siento la humanidad en evolución,
Pero los otros todavía no me comprenderían.
Voy por la calle Almagro, en demanda de mis penates.

Calle Almagro de mis correrías mercuriales.

Cansado de repetir los mismos itinerarios,
ando en direcciones aleatorias.

La gente, la gente tiene la misma cara,
aunque pase en velocidades diferentes,
y se encharque de responsabilidades mercantiles.

Ando entre Dios y los hombres,
perplejo de no creer, creyendo.

Ajeno a todos, sólo de pensar y soñar la vida.

Solo, semejante a todos,
pero tan diferente de todos,
paseo mis obsesiones *urbi et orbi*.

Calle de Villanueva,
a orillas de la Biblioteca Nacional
y el Museo Arqueológico.

Indiferente a los escaparates,
excepto para la adquisición
de aceite condimentado y pan fresco,
que merece la pena educar el paladar,
y cuanto favorece la expansión de los sentidos
como antídotos para la humana insidia
y sus consecuencias nefastas.

Me pongo a disposición de un Dios
que aparece en todas partes.

Me pongo el aparato en los oídos
y me descubro en mi autarquía de ritmos.

Pronto llego a mi barrio,
redimido de los percances del día.

Una plaza para sentir los rumores nocturnos.

Avenida de Felipe II,
lugar de sombras en mi taberna existencial.

Calle Narváez,
¿hasta cuándo verás mi huella cotidiana?

Terrazas nocturnas, por las que me extravió atónito,
luna esmeralda sobre el Palacio de los Deportes.

Cristalina noche como un secreto a voces.

No tardaré en tramar mis nuevos derroteros.
La vida plantea trámites y tramos,
Con tal de que se me ocurran los amaneceres,
y es que el vertiginoso atardecer ya se anuncia.
¿Hacia qué sol misterioso
soñaré lunas de abismal pantalla?
Una plaza donde reposar de mis trajines,
mirando el cielo, extraño azul.
Una plaza en la ciudad feroz como aldea pacífica.
Un refugio donde caminar
dentro del laberinto de mi castillo interior.
Llevo la suave pena de mi devoción
a través del día.
Caminar así me hace olvidar todas las penas.
Caminar con viento a favor, dentro de mi trance.
El aliento de la vida me da tregua,
y no me faltará el engaño de los arreboles
para flanquear el día de Madrid.
No el Madrid de los manifestantes de la Puerta del Sol.
Aquel que se abrió encantador
desde mi primer viaje a Europa.
También este de ahora,
en que respiro la clorofila del tiempo.

Madrid me enseña el arte de caminar.
Disfruto de la tarde sin clamores despectivos.
Mis soliloquios entre quioscos y vértigos.
Canto las plazas abiertas del organismo urbano.
Hora química del vespertino azul,
Aire de espanto y perplejidad.
Tan solo y tan santo nunca estuve.
Cojo un taxi,
lastrado con el estigma
de la percepción de mi paz trascendente.
Siento del tiempo azul del otoño
la helada brisa que al cuerpo reconforta.

Me gusta caminar

mirando las fachadas de los edificios,
parando por diez segundos en los quioscos.
Después de caminar,
de los transportes,
el más poético, por veloz, es el taxi.
Me permito observar cúpulas y atrios
y hasta algunos árboles,
en la dinámica del movimiento.
Veo de relance el coche ornamental de Cibeles.
Subo presto, con semáforos libres,
y ya estoy en Canalejas.
Celebro este momento sin pensar en ningún futuro.
Indiferente a la melancolía del atardecer.

AGOSTO

Agosto es el mes de la libertad en Madrid.
Espero el autobús en la tarde caliente.
Hay que estar ebrio de romanticismo.
¿Qué puedo hacer
más que andar con mis cuadernos por la sombra?
Entretenerme en quehaceres vacíos.
Iglesias y palacios ostentan sus torres.
Están los pájaros en plenitud.
Los árboles aceptan la luz.
¿Qué importa todo lo que no logré conquistar,
si tengo este día para mis paseos?
Agosto es el mes de Dionisos.
Demando una sombra en el jardín de Oriente.
Estoy al margen, soñando enigmas.
Vivir es el imperativo,
Cada palabra es un acto de soflama.
Quiero imitar a los poetas andariegos.

EL MANZANARES, BAJO EL PUENTE DE SEGOVIA

Hacia el Manzanares voy a beber luz.
A aprender mansedumbre en su casi estagnación.
Espejo velado en suave caudal,
su lento fluir inspira quietud.
Busco refugio cerca del agua que pasa,
como si no fluyera.
El río cumple su destino de pasar
como nosotros.
Pero va inorgánico y frío,
mientras que a mí me fastidia el pasar existiendo.
Me duele sentir el tiempo a orillas de la vida.
El Manzanares se me antoja un portal de alegría,
en mi triste peregrinación.
No sé si su caudal discurre en mí
sus reflejos crepitantes,
o si soy yo el que entra en mi ensoñación
dentro de su fantasía.
Él cumplirá su destino de fluir,
y yo caminaré a orillas de mi suerte.
Él finge que no adelanta con su paso distraído.
Yo navego en su espejo vertiginoso,
dentro de la belleza del tiempo.

GLOSA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

En una noche oscura

un poeta se deja ver por la calle de Alcalá.
Inventa la ciudad con los pies y el cerebro.
En los corredores del metro,
retira las gafas para ver los reflejos y las sombras,
y escribe hasta el temblor de las manos.

Oh dichosa ventura,

en laberinto de perderse,
sólo se encuentra cuando abre la ventana,
y contempla la alquimia indiferente de la nubes.
La noche se hace como un cielo de Tiépolo.

Oh noche amable más que la alborada.

Oh noche que juntaste poesía con poeta,
la poesía en el poeta transformada.

CIELO AZUL

Cielo embrujado, noche de púrpura en vilo.

Cielo azul, enigmático.

Estridente claridad.

Yo fui el que siempre soy,
digo, inebriado, por las calles,
huyendo de mí mismo.

Bajo un álamo de agrietada corteza,
luz verde en las hojas soleadas.

La vegetación duerme dentro del instante.

Ando indiferente al tiempo:

todos los tiempos fueron siempre ahora.

Cielo enigmático, azul sin dimensión.

Un día me convertiré en aquel azul.

CERCA DE LA NATURALEZA
(EN EL PARQUE DEL RETIRO)

A Antonio Maura

Los pájaros me invitan a la fiesta del agua.
Me siento enfrente del pequeño estanque
y observo la flotación de los patos.
Las cosas ígneas reaccionan
y el cielo despide las nubes lloronas.
Pétalos de rosa brillan en los reflejos
como en la espiral de la médula
que gira el silencio en mi cerebro.
Silencio en que suenan las hojas frágiles.
Hasta las máquinas me anuncian
el gran *om* universal.
Sintonizo el pensamiento en los que cantan.
La música se hace palabra en mí.
Caminar así, después de la lluvia,
el viento frío y limpio
abriéndome las vías respiratorias.
El otoño hace estragos en los árboles.
Pacífico los nervios cerca de la naturaleza.
Colores nocturnos brotan en las hojas.
Los primeros días de noviembre
forjan la trama del invierno.

EX ABRUPTO

(A los indignados de la Puerta del Sol)

He hablado de fraternidad,
pero los canallas perpetran rebeldías.
He dicho que la paz es posible,
pero los energúmenos velan armas
para la fatalidad.
He pedido justicia,
pero los carniceros beben sangre
en festines de desgracia.
Pese a que el disparate sea inmenso,
he de inventar un remedio
para curar la locura del mundo.

HEBDOMADARIO

Lunes

Todos los días voy por la calle Narváez
hacia el metro,
pero hoy ando impregnado de inercia.
Los pícaros, amargos, carpen el día inexorable,
como se hubieran de regalar el óbolo al felón de Caronte.
Hasta el bolígrafo se me escapa de la mano,
Hay un no sé que de monasterio en mi conciencia,
en desconexión con los movimientos de mi cuerpo.
Los largos tres minutos de espera.
La monotonía de la pantalla con noticias innecesarias.
Viajo en pie, huyo de un estornudo,
y sigo la procesión de autómatas de ojos entornados.
Subo, a regañadientes, los seis pisos de una eternidad,
puesto que el ascensor,
al parecer, fue tumbado por la crisis.
El lunes comienza con todo en contra:
prima de riesgo y chispazos a contrapelo.
El lunes es un día de apuntar estadísticas.
Sin tener la sartén por el mango,
me debato en pasmoso intento.

Martes

El martes no se configura como perspectiva de paz
para mis nervios de Nerval.
Todo lo pragmático me asfixia.
El escenario recurrente de lo cotidiano
del que me gustaría huir.
Caminar hacia una librería,
observando a la gente que pasa con su destino a cuestas.
Tengo media hora para recoger los libros
y volver a la oficina.
Pero serán treinta minutos vividos intensamente.
Huir de los ruidosos tumultos
hacia los páramos de Antonio Machado o de Wordsworth.
No contentarme más que con esa brisa filtrada
a las tres de la tarde.

Miércoles

La melancolía entristece los edificios.
Las cúpulas quedan pensativas.
El cielo gris amenaza con gotear.
Hay que coger un autobús
y beber por la ventana la nostalgia del día.
Me extravió con la substancia peregrina de la tarde.
El tiempo celebra el rapto de Perséfone.

Jueves

Jamás morirme un jueves de lluvia,
sin ser Cesar Vallejo.
La naturaleza también tiene su punto de inflexión.
El invierno se hace más que presentir.
Pero el jueves es el día
en que Júpiter se hace cómplice
y me entrega abstracciones que se expanden.
En el momento mismo en que desperté
y me levanté de la cama,
pensé en la estrategia literaria
de dedicarme a escribir esos versos.
Lo difícil es hacer todos los días
el ejercicio de salir sin paraguas.
A renglón seguido, probar fortuna
y pronunciar ditirambos cargados de ripios.

Viernes

Cuesta arriba, cuesta abajo,
el viernes se enciende como boda transparente.
Celebro el día de Venus en la calle de Toledo.
En mi rito ambulante,
desde la calle de Tintoreros
avisto las torres de San Miguel.
Plazuelas castizas se desvelan.
Plaza del Conde Miranda.
Turistas y pordioseros pronto aparecen
a espaldas del Mercado de paredes de vidrio
y tejados de filigranas.
Cruzo los arcos de la Plaza Mayor.
El aire de víspera alienta a los circunstantes.
Pero sigo adelante,
buscando el icono de mis emblemas.
Canciones de embrujo idealizan las calles,
pero sólo para mí, que soy sacerdote de la belleza.
Calle de Preciados de mis despreciadas primicias.
Madrid, como escribo los pasos de mi sobrevivencia,
escribiré la claridad de tus nocturnos.
Madrid celebra conmigo esta contemplación.

Sábado

El sábado es una alfombra
donde discurre la gente y los perros.
Un aire de agobio trasparece en los paseos.
Yo mismo estoy muy agitado,
aunque sentado delante de los árboles.
Fuera del parque
habrá la fiesta pagana de Saturno.
Dentro de las calles, miro la cara de los edificios.
El sábado es una sede importuna
contra la arquitectura de mis sueños.
Madrid me está viendo tan atareado
que ya no sé en que luna estamos.
Observo los espectáculos circenses.
Pero de paso,
y pronto demando el tramo subterráneo del metro.

Domingo

El domingo es un pretexto
para el vértigo del sentimiento.
La ausencia de algunos coches
me hace respirar con serenidad.
El domingo es un torbellino de tedio
que es necesario combatir.
Adoro la ciudad con sus asfaltos y coches,
sus puertas de concreto en las encrucijadas.
El domingo es un relámpago azul.
No me siento extranjero
bajo este arco sembrado de torres.
El domingo es el más humano de los días,
es un antídoto contra las cosas adversas,
y la vida consiste en callejones en fiesta.
Lo demás se me antoja un calabozo de tristeza.
Más me encharco de adolescencias matinales,
más la vida parece una ilusión de relámpago.
El domingo es un arco irisado
que huye como la felicidad.

MEDITACIÓN EN EL PARQUE DEL RETIRO

Lejos del demonio de las calles,
vuelven las migratorias armonías.
Frente a la frescura del estanque,
y al arco horizontal de Alfonso XII sobre el pedestal,
olvida sus agobios el niño que soy.
Lavo mis llantos de sombra.
Tregua encuentran mis clamores en alamedas de fulgor.
Ramajes de silencio sanan mi dolencia.
Duerme la angustia del día,
cuando cesan las preguntas sobre los caminos.
Llego a un sitio donde florecen las esperanzas.
Agua, pájaros, árboles,
y la omnipresencia del Sol.
Encontré este rincón de afecto,
con refrescantes quioscos y arboledas.
Comprendo el sentido de caminar.
Lejos de atascos y antagonismos,
disfruto de la compañía de aves
que dialogan con los árboles.
Celebro el día.
El Retiro me entrega su calma.
Prescindo de psicoanálisis.
Los vegetales son mis antídotos.
Si la ciudad es una tentación bohemia,
el parque es una meditación devota.
Delante de la naturaleza,
aprendo la enseñanza libre del día.

PANEGÍRICO Y MEDITACIÓN

Madrid pastoral, pastoril, estrella mozárabe,
buena fortuna busco.

Manzana del Manzanares, flor de las muchedumbres,
soy el que habla con Quevedo
sobre las hechicerías de la vida.

Cartas de naturaleza escribo
en romance, sobre mis hechuras.

Vengo a beber luz en tu azotea,
vengo a tus arcas con la llave del candelabro.

La vida en mí se entenece de verte.

Tus luminarias son la custodia de mi ser.

Desde la cuesta de la calle de Alcalá,
aprendo penas de mi suerte:

el acorde al que estoy atado.

¡Madrid de entonaciones de azul,
en cuya luz el alma remedios ve!

Tengo viviente la esperanza.

¡Embelesos, me duelo de mí!

Sobre un jardín de pena se puso transida tarde.

Pináculos en cada esquina.

Flora claustral de balcones.

¡Madrid de pabellones porticados,
ando en coloquio contigo!

PASEO TRIUNFAL

Salgo al mundo y la poesía está en las calles,
en la cara de los hombres y mujeres,
y en la universidad de la plaza.
Es un placer exquisito irme por la calle Mayor,
por los barrios de castiza realeza,
entre plazuelas y balcones de ala ancha.
Entre hondas iglesias bordadas de tomillos.
Es un placer exquisito irme hacia el Palacio Real.
Noche de luna. Febrero. Sábado.
Aras de muchedumbre.
Los bares abiertos, iluminados.
Voces dispersas.
Llego a la Plazuela del Conde de Miranda,
un sitio olvidado del tiempo.
De repente, la iglesia de San Miguel,
su fachada como una torre.
Una escalera más y la calle de Segovia.
Subo por la Travesía del Nuncio.
Aparece la iglesia de San Pedro el Viejo,
que fue lugar de la mezquita de la Morería.
Subiendo más, encuentro la casa de San Isidro,
la Real Iglesia de San Andrés, de primorosa cúpula.
y la primitiva plaza de la Paja.
Bajando por la Cava Baja,
discurre la gente por el filo de las aceras,
entre coches y paredes.
Pronto estoy en la calle de Toledo,
otra vez delante de la Plaza Mayor.
Tengo fuerza para seguir caminando,
las rodillas me están cada vez mejores.
Avanzo como un peregrino.
Calle de los Bordadores.
Tabernas, restaurantes, cafés,

balcones con sus rejas y ventanas.
San Ginés como un rojizo bloque.
Calle del Arenal,
afición nocturna de caminar.
El invierno ofrece una tregua a los que pasean.
Teatro Real.
Luna perfecta en el cielo.
Medianoche en Madrid.
Suena la campana de la Encarnación.
He llegado al huerto deseado.

Madrid, 11 de febrero de 2006.

PALABRAS EN MADRID

Llego a Madrid como quien sueña.
Sueño que Madrid es un galeón de Babel.
Vengo del otro extremo de la península,
como si de ultramar,
cruzando el tremedal de la noche.
Callejear, verbo intransitivo,
la vida entre metales ambulantes.
Fosforescencias urbanas.
No sé que embrujo
me lleva a la Plaza de Tirso de Molina.
Cada persona es más que una esquizofrenia.
Voy por la calle de los Relatores
al restaurante vegetariano,
y volveré por la calle Amor de Dios,
hasta disfrutar de todos los minutos del día.

PLAZA DE ESPAÑA

Soy también manchego en ideal.
colérico pastor de las lomas delirantes,
Soy el más humilde de tus discípulos.
Lloro también por El Toboso.
Verte alzado al pedestal del recuerdo,
sillón de granito plantado en la historia.
Lámparas de cristal como escenario,
los edificios como fragatas ancoradas
y el mar de nubes como en Lepanto.
Patriarca de la lengua,
contemplas a tu magnánimo alterego,
Don Alonso Quijano, el Quijote,
lanza enarbolada con garbosa probidad.
El rotundo escudero chaparro te sigue,
irresolutos ojos de pícaro.
Vais cargado de obsesión,
y tu gordo secuaz
no se consuela más que con su prometida heredad.
¡Andáis tocados de temeridad,
caballeros hechizados!

MOMENTO ILUMINADO

La muchedumbre que se expande en sendas olas,
el tránsito, inundación de humo,
Madrid como una sola catedral,
lámparas encendidas
a las que el aire otorga transparencias,
camino con Amancio* entre reflejos dorados.
Divisamos cristales y faroles.
Era grato buscar el sitio edénico,
callejeros clarividentes.
Era grato caminar
desde el Círculo de Bellas Artes
hasta la Plaza de Santa Ana,
alegre cena de viviente oasis.
Era un camino que reluce hasta ahora:
señal de ventura en noche iluminada.

* *El cantor Amancio Prada, amigo del autor*

PLEGARIA QUIJOTESCA

De los Austrias a los Borbones,
subo y bajo calles entre portadas y escaparates.
¡Madrid de todos los talentos!
En nombre de todos los amores,
como un Quijote, un Cid, un Juan de Austria,
un comunero, un escudero de humana figura,
defenderé la humanidad de tu diálogo.
Devoto soy de tus hermandades penitenciales.
Asimilo las Españas, alumbrado por tus majas,
tengo en mí las taras de tus huestes indómitas.
Tengo el inflamado ardor de tus profetas iconoclastas,
la quimera delirante de tus descalzos sacramentales.
Soy testigo de tus estigmas.
Constelaste de encantos a mis pobres hazañas.
En tu entrañable liberalidad velaré mis armas.
Estoy coronado de deleite.
Mi oficio es tener en la memoria tus donaires:
música en las tardes soleadas,
rosario de balcones que celebran la vida.
Me determinas reposar en tus hospitalarios deleites.
¡Nací para recitarte en madrigales!
Huerto de mis utopías te llamaré por mis albricias.
¡Oh noche, entre peñas y estrellas!

DESPERTAR TEMPRANO

Despertar temprano, entre viajeras luces,
correr hacia el estruendo del metro.
Despertar temprano el día de la manifestación.
Deambular entre tus viejos edificios.
Santa María, en el altar mayor, entre custodias.
Mi refugio ante los motores y la muchedumbre.
Una hora de recogimiento,
camino ahora con Rafael*
a lo largo de los cedros místicos.
Vislumbramos los lienzos de la muralla,
rastreamos huellas.
Después nos vamos al retablo de las perfecciones:
El Prado y el centelleo de colores.
Transfiguraciones en cuadros de altar,
triumfos en penumbras de fascinación.
El Greco y los símbolos ensalzados.
Fábulas en cada mirada.
Goya y los pigmentos macabros de la procesión.
Se alumbran tornasoles de ligera vibración.
Me extasío en el carmesí de deslumbrantes paños,
modelados con difusa luz.

* *Rafael Nava Cuervo, amigo del autor*

GRANDEZAS DE LA VILLA DE MADRID

Todo comienza en la calle del Arenal,
una muralla, un arroyo
al que se llegaba por la calle de Espartero.
Desde el mercado del Arrabal,
que se hizo rectángulo porticado de Felipe III,
el Magerit abrió sus anchas alas
y el Manzanares estrechó las suyas.
El Madrid de los Austrias alumbra sus callejuelas,
Madrid de huella tardomedieval.
Longitudes de la Gran Vía.
Bajando por la calle de Alcalá hasta Cibeles,
y después subiendo hasta la Puerta del Sol,
los grandes edificios me acechan con solemnes miradas.
Soy vulnerable al sol que fragua sombra clarividente.
En el círculo mirífico de lo visible,
camino con el peso de la tarde.
La sierra de Guadarrama ostenta, a lo lejos,
su dorso zoomorfo.

POR EL BARRIO DE LAS LETRAS

Anoto en mi listado de hallazgos:
la casa de Lope de Vega
y el Convento de las Trinitarias Descalzas.
Más que el número de los siglos,
me encanta la geografía de la imaginación.
Voy solitario, pero poblado de visiones.
Aparece, como por ensalmo,
el poeta Luis Muñoz, que vive en el barrio,
feliz cual pájaro de los campos primaverales,
la visión puesta en los vuelos de sus pensamientos.
Celebramos la furtiva alegría de un breve diálogo.
Sigo hasta el Paseo del Prado
y el portentoso Museo,
plantado entre verdes ornamentos.
Paso enfrente al Real Jardín Botánico
y la hermosa fachada de la iglesia de los Jerónimos.
Algunos pasos más,
y veo la estampa del Casón del Buen Retiro
y las labradas premisas de la Real Academia,
arca flagrada en discretos ladrillos.
Al otro extremo, Neptuno blande su cetro en la rotunda.
Un apogeo de aguas como emblema de sus poderes.

MOSAICO MADRILEÑO

Tarde clara de otoño madrileño.
Llego como si de Ultramar.
“Hola, buenas!”, grita el camarero.
Cojo un autobús lleno de expectativas vespertinas.
Bajo el ajetreo de muchachos y mozas,
me voy por Espoz y Mina.
Espero el fin de la función del Teatro de la Comedia.
Descanso en la plaza, refugio de bohemios.
Estremece una carcajada sincrónica.
Pasean muchachas rumbo a la calle del Príncipe.
El soñador imagina reliquias en retablos,
gloria de los penitentes.
Guitarra del mesón, un ebrio canta flamenco.
Resucito mis quebrantos encantados.
Imagino las tertulias del siglo XIX,
recordadas en la acera de la calle de Huertas.
Camino hasta la Plaza de la Puerta de Moros,
cojo la Costanilla de San Andrés.
Bajo y subo la Plaza de la Paja.
Camino con el hambre que no se rinde
ni por toda la hermosura.
Quiero a Madrid con el alma.

PUERTA DEL SOL

El día es un hervidero en la Puerta del Sol.
Eje de todo el centelleo,
de su epicentro se agitan las inquietudes.
Hay prisa y multitud alrededor del cuadrante.
Campanario de bronce, trofeo, faro magnético,
lugar abierto a la claridad.
Lugar de contiendas como las de antaño.
Otrora pregones de alojeros, buhoneros, figones,
tertulia y mancebía.
Hoy postigo de artistas callejeros,
y los de siempre, trasnochados holgazanes.
La gente pasa, olvidándose del destino
para disfrutar tan sólo el recoleto espacio.
La Mallorquina lindando con la calle Mayor.
Y al otro lado, la calle del Arenal,
por donde bajan despacio los transeúntes.
Sobre el ángulo de Espoz y Mina,
una cúpula antigua corona el tejado.
Las fachadas neoclásicas
con pequeños balcones de delgadas rejas.
El edificio de la Comunidad de Madrid,
su torre con elegante reloj,
y la campana alzada como una insignia.
Los chorros circulares del agua,
la estatua de Carlos III al centro del pentagrama,
y el gentío que acude por la calle de Preciados.
Procesiones de aparatoso cortejo.
Puerta del Sol: horas que nunca se apagan.

PLAZA MAYOR

A las ocho de la tarde salgo de casa,
sin hora de regreso.
La ciudad brilla cúpulas de marfil,
los motores huelen a plomo,
pero la noche pertenece a Orfeo.
Los portales gritan: ¡Plaza Mayor!
En la universidad de la Plaza,
en su emblemática solemnidad acogedora,
estoy como en las antiguas fiestas patronales.
Felipe III alzado en guardia,
entre cuadrángulos de claras ventanas.
Mi alma se sofoca de sed.
¡Ay, gitanas de dulces manos,
samaritanas de hermosura!
Una guitarra resuena:
Recuerdos de la Alhambra
del fantástico Tárrega.
Luceros de Calle Mayor
donde Lope y Calderón terciaban sus manteos.

PLAZA DE LA VILLA

Solemne y con elegancia de flores,
la efigie de don Álvaro de Bazán
alzada en el patio iluminado.
Reliquia sobria puesta en la encrucijada,
la Torre gótica de los Lujanes
que albergó al cautivo rey francés.
Casa de Cisneros,
Real Academia de Morales y Ciencias Políticas,
cuna de Federico Chueca,
Jardín de candelabros,
embrujos de hiedra, rejas y balcones.
Torres de piedra y ladrillo.
Balcones que lucen hacia la calle Mayor.
Plaza de la Villa, trono de austeridad.

DE LA CONVENIENCIA DE HABER NACIDO

Septiembre es el mejor mes en Madrid.
Puedo saborear naranjas de Valencia,
sin pasión por el hastío,
sin rebelarme contra la primera célula.
Sorber la pureza de una Solán de Cabras,
salir por un callejón bordeado de certidumbres.
El trigo se hace pan sobre la mesa fraterna.
Cogollos de Tudela o frutales de Granada,
miel de jazmín de Gredos...
Septiembre es el mejor mes...
Salgo a las calles de fiesta,
por la Paloma o por el Labrador.

CIBELES

Entre Recoletos y Alcalá,
la esposa de Saturno bajo un plenilunio de mármol,
entre portentos y máquinas.
Desorbita el rutilante carruaje.
Como si la diosa atravesara el surtidor alumbrado,
aureolada por el orgasmo del agua,
hacia la Puerta de Alcalá se marcha.
Hacia la Puerta del Sol
la siguen los pequeños sátiros traviesos.
Coronada de júbilo,
derrama fertilidad sobre florecencias,
conducida por implacables leones,
asistida por mí de madrugada,
y por el astro de hielo
que vela las nieblas de otoño y bendice los colosos.

LEYENDA DE SAN ISIDRO

María se arrimaba al brocal del pozo,
cuando el niño se desprendió de sus brazos.
El labrador y su mujer
afligidos, pusiéronse de rodillas.
A medida que rezaban,
iban las aguas subiendo,
y vino, a lomos de la superficie,
el chiquillo sentadito, vivo y risueño.
Leo esta leyenda en casa de San Isidro,
donde el milagroso pozo.
Y medito enfrente a su puerta,
apoyando la mano y el papel sobre una columna.
¿Al santo que no soy, salvará mi pastor?
Y al niño que soy,
ahogado en la marisma de los días,
¿quién salvará a ese chiquillo?

PROMONTORIO DE CONSOLACIONES

"Qué dulce poder tener un jardín que nos consuele"
Juan Ramón Jiménez

En matinales azules callejeo lejanías.
Tengo arroyos en el alma.
Me precipito por la rociada mañana.
Creo en la experiencia sin antes ni después.
Creo en los quebrantos mudéjares,
y me enredo por los arcos de las plazas.
Un domingo de éxtasis viaja conmigo.
Mirlo que se recrea con los colores,
me inspiro en claridad de gotas irisadas.
Siento tan sólo ansias de vivir.
Deambulo por delicias y magias.
Celebro el propiciatorio rito.
Las fuentes discurren por mis ojos como ensueño.
Viva luz que estremece.
Alma es Guadarrama,
verde de sombra y horizonte.
Sé que no me anegarán las aguas de la congoja.
Voy coleccionando reliquias
como si las guardase en los bolsillos:
el transfigurado alminar de San Ginés,
la Carrera de San Jerónimo, de fulgurante arrebató.
La Plaza de Oriente con su portento ecuestre.
Callejeo con mi soledad enarbolada.

9/6/96

MADRID IMPONDERABLE

Paseo por plazas y almacenes.

Paso por la casa de aquel
cuyo ingenio admira el mundo.

Sigo a las guapas de ojos ajardinados.

En el Madrid multimágico me hice amigo de todos:
del marginado, de la viejecilla del alma de Cristo
y de los que aún quieren a Carlos III,
monarca ilustrado.

Camino con el Diario 16 en las manos trémulas,
después del tercer café.

Salgo con duendes de melatonina,
mientras las palomas deliran.

Las campanas me convocan a los monumentos.

Miro las forjas floridas de los balcones.

Sonriendo con los aires de marzo,
en el alegre sitio de Lavapiés,

donde otrora fui bohemio,

llego, como la primavera en los pétalos de un castaño.

NOCHE DE OTOÑO

Noche de plazas y templetos atribulados de noctámbulos,
Frente al Teatro de ventanas neoclásicas,
las tabernas lucen la noche de otoño.
Viento impulsando papeles y hojas por las aceras.
Escaparates como brillantes perdularios.
Buscamos refugio en la marquesina.
Ya no pasa el 65 después de las once y media,
bajamos por Carretas hacia el calor del metro.
Tráfico intenso, es viernes, día de marcha.
Escena festiva, albañiles borrachos por las calles.
En su pedestal luminoso,
el Palacio Real alza blancos mármoles,
portento de lumbres.
Siete Estrellas de la Osa Mayor en la pared de la noche.
Mis barcos han tocado puerto.

PONIENTE EN LA CARRETERA

El sol se refleja en el transparente paisaje.
Campos arados por el cauce de un relámpago.
Tarde de cambiante espuma y sombras turquesas.
Mi avidez anhelante vuela por la claridad,
Poco a poco se deshojan plumas
que se enturbian de ceniza volátil.
Aires de Fuenlabrada y Colmenar.
Súbito el punteado de centellas.
Madrid fosforece su dorada fiesta,
rastreado el crepúsculo.
La carretera es un río rojo,
los coches forman carriles de faros.
Aldea del Fresno.
Por fin la noche cubre las bóvedas del atardecer
con su manto de ébano.

MADRID REVISITADO

Hay retenciones acordeónicas en las carreteras,
anuncia la emisora de radio.
Ante el cargado tráfico de las explanadas,
estoy en Madrid, anegado en lucidez.
Estoy y no estoy apurado, dirección las Musas.
Cuatro Caminos: poesía, música, teatro y filosofía.
Estoy sentado en el asiento alto del autobús.
Vengo a reanudar el manantial de mis esperanzas.
Escribo para lucimiento de mi sanidad.
Por todas partes quiero dejar mis huellas.
Camino sin actos fallidos,
bajo el glorioso artificio azul.
Calle de la Princesa, día primaveral,
aunque los árboles estén casi sin hojas.
La mañana es una floración de albricias.
Soy el poeta de todos los sentidos,
el juglar de la sinestesia madrileña.

RECORDATORIO

Madrid de los Austrias, capital de Europa,
ensanchada con plazuelas,
donde se alzaron proclamas y barricadas.
Plazas con motivos laudatorios.
Madrid de los espectáculos castizos,
de las calles atiborradas de automóviles,
Madrid caudal sin fronteras,
de los balcones hacia el Guadarrama.
Madrid de sabor tortilla y aceitunas.
Madrid que sabe a placeres.
Extramuros, las doradas cúpulas,
cuadrigas monumentales.
Intramuros el cortejo de las insignias:
labrados lienzos de alegorías.
Madrid principio activo de la vida,
Madrid olor a castaño después de la lluvia.
Madrid frescor del preludio del invierno.
Voy por la calle de Atocha,
sin preocuparme de llegar a ningún sitio.
Ando por afición.

CUESTA DE LA VEGA

Sigo por calles soleadas,
mis altares, amores de mi religión de alegría.
Un alzarse en escaleras hacia los jardines.
Cuesta de la Vega, el patio, no el claustro,
los alrededores arbolados.
La poesía, mi catedral poblada de espíritus,
nace con el día que orea paredes y techos.
Celebro al Dios de la Vida,
los poetas son oficiantes de mi culto,
los asientos de los parques son mis confesionarios,
las encinas, mis iconos,
las retamas, mis hostias.
Vuelan los ruiseñores,
mientras transcurren las horas.
Hasta las ovejas humanas me complacen
cuando me voy por El Paseo del Rey.

RETIRO EN MADRID

Entre árboles y albricias,
me sueño entre pardas viviendas de idilio.
bajo torrentes de inmenso azul,
aves de exilio,
¡el cantar de un corazón conmovido!,
peregrino por alegres calles.
Por la Gran Vía me voy en panorama de llanuras,
flanqueando pórticos.
Vengo a beber neblina en tus pétalos,
Madrid, puerta abierta al hijo pródigo,
rocío y arenal de mi destino.

5/5/95

Vuelvo a beber aires de libertad,
subiendo y bajando laderas,
respirando el hielo de la brisa.
El extraordinario sendero
de Tirso de Molina a Lavapiés.
Madrid de las castizas calles de balcones,
contemplo las simetrías de tus viviendas,
y la sinuosidad de tus caminos.
Eres todavía un alimento espiritual,
rocío y arenal de mi destino.

14/11/11

LECTURA ANTITETICA DE JAIME GIL DE BIEDMA

Hay tardes de desamparo y deseos desoladores.
Los pinares se preparan para oscurecer.
Pero el dulce pasearse
pone guirnaldas sobre el pecho del cielo.
El sol de los días consiste en entregarnos rosas.
¿Una verdad desagradable asoma?
La vida no es como la esperábamos,
el instante no devuelve el mar trémulo,
pero hay un vértigo en el alma, con ráfaga de luz.
Hay amor más poderoso que la vida,
amor que anuncia el reino de la vida.
Hay Citerea y sensación de estar en las islas.
Es verdad que hubo guerra y hay guerra todavía,
escombros y demonios que hieren los ojos,
pero se espera algo definitivo
como la advertencia de las constelaciones.
Y hay laguna y lucero,
Alto de Extremadura y Puerta del Ángel.
Y el hombre se hace dueño de su historia.

EN SINTONÍA CON JORGE GUILLÉN

Bajo el aire dulce de la luna,
fragancias después de la lluvia,
un prodigio de vida me complace.
Oleaje de aventura que avanza.
Alegrías que abarcan la tarde.
Quisiera tener palabras para alabar los jardines.
Visionario del espacio ante las cumbres,
me alumbran las iluminaciones.
Me animo a pasear con apogeos de música.
En la plaza llena de perspectiva humana,
mansa luz de diamantinos días,
agua que tiembla en remanso.
Son claras las calles bajo el impulso estival.
Un aleteo azul emerge albor en relumbre:
ser en plenitud como el árbol que susurra,
las ramas que palpitan.
Como el riachuelo que se abalanza,
mientras se alargan las tardes.
Quien se dispone a la luz se entrega a su efusión,
triunfa con el sol naciente y espera la primavera.
Voz de fábula, secretos de estancia,
promesas de la mañana.
El poeta anuncia el minuto eterno,
respira en vergeles de realidad.
Un ruiseñor canta en la cima del ansia.
Lo ajeno es un aroma que se regala.
Alma madrileña.
Respiramos la ofrenda.

Márcio Catunda (Fortaleza, Brasil, 1957) lleva años agitando el mundo de las letras internacionales y contagiando -allá por donde llega y por donde va- su amor por la literatura. Este escritor y diplomático brasileño, viajero incansable, amante y cultivador de la poesía, ejerce en la actualidad como Consejero de Prensa de la Embajada de Brasil en España. Atrás quedaron sus estancias en Perú, Suiza, Bulgaria, República Dominicana, Portugal, Ghana, de donde extrajo mucho y muy buen material para sus posteriores escritos.

Ahora, nos acerca su undécimo poemario, "Autobiografía de Madrid", un sentido homenaje a la ciudad donde habita y que lo habita. Un Madrid latidor y cómplice del que confiesa haberse enamorado ("Quiero a Madrid con el alma"), un arábigo y bello Magerit -"madre del saber", "lugar de aires y vientos saludables"- que tantos siglos después sigue resultando, para el forastero, hospitalario y cobijador.

Quien esto escribe, siempre ha vivido en esta villa de asombros, de madroños, de inauditos remedios para cualquier mal. Y en ella ha saldado amoríos y soledades, y de ella se ha alejado muchas veces, para siempre volver... "Adiós, Madrid; adiós tu prado y fuentes/ que manan néctar, llueven ambrosía", escribió Cervantes. Porque Madrid hace ausencia en quien debe abandonarla, y la melancolía del que marcha se volverá deseo de retornar, de alzarse de nuevo entre sus secretos, al mediodía o en la medianoche, cosida su alma a la de esta metrópoli heroica.

De su castizo universalismo, de su cosmopolita condición, de su bullicio, de su carisma, de su colorido febril, de su cielo y de su tierra, de su pasado y su presente..., ha bebido Márcio Catunda para dar a la luz este itinerario de su madritense corazón. A través de sus calles y sus plazas, junto a sus monumentos, ha ido pergeñando estas estampas capitalinas, que se dejan ganar por el verbo torrencial, por la ebria sugerencia expresiva del vate brasileiro.

"Soy el poeta de todos los sentidos,/ el juglar de la sinestesia madrileña", confiesa Márcio Catunda. Y consciente de su facilidad para adentrarse en las avenidas de lo esencial humano, va desgranando con lírica elegancia sus sentimientos, sus gustos y sus anhelos. Al igual que ocurriera en su anterior poemario "Luz sobre la Historia" -editado meses atrás, y en donde el escritor brasileño realizaba un apasionante periplo por el devenir de España- el lector recorrerá los mismos escenarios y los mismos paisajes que Márcio Catunda va alfombrando bajo la tenaz belleza de las estaciones. Y a su vez, compartirá con él, la memoria de tantos protagonistas -Don Quijote, Carlos III, Lope, Calderón, Gil de Biedma, Jorge Guillén...- como aquí se despliegan.

“Un desvelo permanente”, “Pulso de vida y luz” llama Márcio Catunda a Madrid. Y en verdad, que con briosa lumbre están escritos estos versos de soñadora celebración.

Jorge de Arco